

LA CRISIS ECONÓMICA Y LAS RESPUESTAS POLÍTICAS¹

Jordi Roca Jusmet²

Universidad de Barcelona

En esta intervención empezaré con algunas observaciones sobre las causas de la crisis económica para pasar a la cuestión de las respuestas a la crisis. Analizaré la principal política de respuesta de la Unión Europea -conocida como la política de austeridad- y porqué esta política, tal como se concreta, no sólo es injusta -hace pagar la crisis a los que no la han provocado- sino también contraproducente económicamente. Seguidamente, plantearé cuáles tendrían que ser -en mi opinión- las orientaciones principales para convertir a la crisis en una oportunidad para avanzar hacia una sociedad más equitativa y más sostenible.

Respecto a las causas de la crisis sólo quiero destacar tres elementos que creo que son particularmente importantes de destacar en una facultad de economía y empresa.

El primer elemento es que en determinadas coyunturas dominan lo que podríamos denominar "expectativas irracionales": la mayoría de gente piensa equivocadamente que una situación claramente insostenible se mantendrá de forma indefinida; es decir, la mayoría de gente se equivoca y lo hace en la misma dirección adoptando lo que a veces se ha denominado "comportamiento de rebaño".

No es verdad que nadie advirtiese de los peligros de la anterior situación financiera que era una auténtica "bomba de relojería" con gran peligro de explosión. Por ejemplo, el economista inglés Andrew Glyn se preguntaba poco antes de la crisis: "¿Se desplomará el cada vez más complejo sistema financiero en una crisis financiera primordial y ello nos llevará a una recesión prolongada?";³ Eatwell y Taylor, mucho antes, llamaban urgentemente a la intervención a nivel internacional: "Sin una autoridad monetaria internacional, los riesgos impuestos a la economía mundial por la volatilidad y el contagio que hoy caracterizan a los mercados financieros internacionales se traducirán en graves pérdidas de activos reales, disminución del

¹ Este texto recoge básicamente la traducción al castellano de la intervención del autor en el acto *La crisis: ¿qui la paga?*, organizado por *Professorat en Diagonal* y celebrado el día 15 de diciembre en el aula magna de la Facultat d'Economia i Empresa de la Universitat de Barcelona.

² jordi-roca@ub.edu

³ Glyn, A. (2007): *Capitalismo desatado*, CIP Eco-social/Catarata, 2010: p.38.

estándar de vida y aumento del desempleo (...) Hay que hacer algo";⁴ y en España, donde el núcleo del boom financiero fue una espectacular burbuja inmobiliaria, José Manuel Naredo advertía en pleno boom: "Como es bien sabido, la economía evoluciona cíclicamente y el presente boom inmobiliario está llamado a morir, como cualquier otro, por estrangulamiento financiero".⁵

Más que ausencia de advertencias, que las hubo aunque muy minoritarias, lo que hubo fueron oídos sordos a dichas advertencias.

El segundo elemento –que corresponde especialmente señalar aquí, en una facultad de economía y empresa- es la influencia de teorías económicas que hacían cerrar los ojos respecto a la inestabilidad económica. En el libro *Animal Spirits* de Akerlof (premio Nobel 2001) y Shiller se afirma: "La macroeconomía de los últimos treinta años ha ido en la dirección equivocada" y "muchos han ido tan lejos en la dirección de las "expectativas racionales" y de los "mercados eficientes" que son incapaces de comprender las dinámicas de las crisis económicas".⁶ La macroeconomía que se enseña en las facultades de economía se ha alejado en cambio de las enseñanzas de los autores que destacaban el carácter fundamentalmente inestable de las economías capitalistas y su tendencia a generar ciclos económicos como se puede aprender de lo mejor de Keynes, de Kalecki, de Minsky... ¡y de Marx!: el motor de la inversión son las expectativas de beneficio, que pueden cumplirse o no, lo que genera ondas de optimismo y pesimismo, los cambios en las inversiones afectan al empleo y al consumo con un efecto multiplicador sobre toda la economía lo que de nuevo afecta a la inversión; además, la inversión se financia en gran parte con créditos que –si las inversiones no dan los beneficios esperados- no podrán devolverse y esto afecta al sector bancario y a su capacidad de conceder créditos.

En tercer lugar, quiero referirme al espejismo que provocan los indicadores habituales de éxito económico –como es el PIB. Este indicador ha sido acertadamente cuestionado desde hace décadas por la crítica social (una cosa es crecimiento del PIB y otra, mejora de la satisfacción de las necesidades básicas de la mayoría de la población), por la economía ecológica y por la economía feminista. Pero, además, es incapaz de avisarnos sobre si el crecimiento es o no sostenible incluso a corto plazo y desde un punto de vista estrictamente económico. Antes de estallar la crisis, los países considerados de más éxito –atendiendo al crecimiento del PIB- eran algunos de los que después han resultado más golpeados por la crisis: se hablaba del "tigre celta" para referirse a Irlanda (resultó un "tigre de papel"); del milagro islandés (para preguntarse cuál era el secreto de su éxito económico); y del "España va bien" (porque crecía de forma más rápida que el promedio de la Unión Europea y aparentemente tendía a converger con países de mayor nivel de vida).

⁴ Eatwell, J. y Taylor, T. (2000): *Finanzas globales en riesgo: un análisis a favor de la regulación internacional*, siglo XXI editores, 2005, p.42.

⁵ Naredo, J. M. y Frías, J.: "El metabolismo económico de la conurbación madrileña, *Economía industrial*, n. 351, p. 2003, p. 113.

⁶ Akerlof, G. A. y R. J. Shiller, *Animal Spirits: How Human Psychology Drives the Economy, and Why It Matters for Global Capitalism*, Princeton University Press, 2009, p. 120 y 167.

¿Cuál es la política dominante frente a la crisis económica?

En primer lugar, señalar una realidad. A pesar de que se trata de una crisis básicamente financiera y a pesar de todos los discursos y reuniones para controlar los mercados financieros internacionales que siguieron inicialmente al estallido de la crisis (irefundar el capitalismo!, se decía), muy poco se ha hecho en este sentido y en los países de la zona euro nunca la especulación financiera había tenido un peso tan clave sobre las decisiones de los gobiernos: las noticias diarias sobre las oscilaciones de la "prima de riesgo" son las que marcan la agenda de muchos gobiernos!

En la zona euro, frenar la especulación con la deuda pública tendría que ser la primera de las prioridades. No hay nada más regresivo socialmente que tener que destinar más y más parte del presupuesto público a pagar intereses a los titulares de deuda pública (sobre todo grandes bancos y fondos de inversión): es dinero que no se puede dedicar a sanidad o educación o a cubrir otras necesidades sociales. Para frenar la especulación sólo haría falta una decisión política creíble del conjunto de países de la zona según la cual el Banco Central Europeo estaría dispuesto (durante estos tiempos excepcionales: no se trata de hacerlo para siempre jamás) a comprar cantidades ilimitadas de deuda pública de los gobiernos de estos países a un precio que comportara un tipo de interés moderado, previamente fijado. Seguramente no haría falta ni siquiera poner en circulación demasiada dinero adicional; quizás podría –aunque no es probable– provocar algo más de inflación pero incluso se puede pensar que el aumento de precios sería bueno porque reduciría el valor real de las enormes deudas privadas y públicas. Además, la falta de predisposición a comprar deuda pública –liderada por Alemania– contrasta con el hecho de que el BCE ha sido mucho más propenso –aquí sí sin ningún tipo de condicionalidad– a dar masivamente liquidez a los bancos: salvar a los bancos se considera más prioritario que salvar a los Estados. Los bancos reciben dinero a bajísimo tipo de interés que prestan a mayor interés a los gobiernos pagando los contribuyentes el diferencial.

Imaginemos ahora por un momento una persona que se hubiese dormido hace ocho o diez años, despertase ahora y, ante la situación de paro masivo, escuchase los discursos dominantes de los líderes políticos, del Banco Central Europeo, del Banco de España, de la patronal y de la mayoría de economistas. La conclusión que sacaría sería, sin duda, que antes de la crisis algo grave había pasado en el ámbito de las relaciones laborales y en el descontrol del gasto público provocando una grave crisis que exigía actuar en estos terrenos.

El discurso dominante es, pues, tan potente que hay que destacar, en primer lugar, las obviedades: en el estallido de esta crisis la presión de las reivindicaciones laborales –o los cambios en las instituciones laborales– no tuvieron ningún papel; al contrario, en la mayor parte de los países ricos, la etapa anterior a la crisis se caracterizó por disminuciones de la participación de los salarios dentro de la Renta Nacional y en algunos casos (es de destacar el caso de los Estados Unidos) por la disminución del poder adquisitivo para una gran parte de los asalariados, especialmente de los peor pagados: el aumento de ingresos se concentró en una parte

muy pequeña de la población, los más ricos. En cuanto al sector público, no existía tampoco en los países ricos –ni mucho menos– un descontrol de las cuentas públicas: algún país tenía un déficit significativo (como Grecia) pero en general los déficits eran muy moderados o incluso había superávit fiscal (como por ejemplo en España donde el sector público gastaba antes de la crisis menos de lo que ingresaba). El aumento generalizado del déficit público y de la deuda pública no son en absoluto la causa sino el efecto de la crisis: por disminución de ingresos y aumento de gastos (como por ejemplo los ligados al desempleo) y en algún caso el papel principal lo ha tenido la conversión de deudas privadas en públicas (como es claramente el caso de Irlanda donde el gobierno asumió la enorme deuda de los bancos en bancarrota: socializando las pérdidas).

La política hoy totalmente dominante en la zona euro la podemos denominar de “austeridad sobre todo por los pobres”. Tiene dos componentes principales. El primero, los recortes del gasto público (sobre todo gasto social y salarios públicos). La ideología en que se basa el recorte del sector público es que por algún extraño mecanismo que no se explicita (se habla de generar confianza o imprecisiones de este estilo) se espera que la contracción fiscal estimulará el crecimiento económico como contrapartida a los sacrificios (se habla a veces incluso de “contracción fiscal expansiva”). En realidad, el efecto de la contracción del gasto público en una etapa de crisis –como dice el ABC del keynesianismo– es provocar más recesión y no crecimiento. Además, la vía de la contención del gasto es claramente más contractiva que la vía alternativa de subir los impuestos (sobre todo si los mayores impuestos recaen sobre los ricos que ahorran más dinero). Incluso el efecto de los recortes del gasto público sobre el propio déficit público es incierto puesto que, por un lado, reduce el gasto pero, por otro lado, la recesión provoca disminución de ingresos fiscales y de cotizaciones sociales.

El segundo componente importante son las políticas de “reforma laboral”, un eufemismo que en lenguaje llano quiere decir recortar derechos laborales y salarios sobre todo de los sectores más desprotegidos, con menos poder de negociación. Los efectos de las medidas laborales sobre el nivel de ocupación a más largo plazo son muy inciertos pero a corto plazo no harán más que aumentar los despidos y lo que sí es seguro es que las medidas llevan a un mayor poder del capital sobre el trabajo y a mayores desigualdades entre los trabajadores (por ejemplo, permitiendo que las empresas se descuelguen de los convenios sectoriales: no se descolgarán las que tengan trabajadores “menos productivos” sino aquellas en las que los trabajadores tengan menos poder de negociación).⁷

En mi opinión los puntos de partida para enfrentar la crisis económica en los países ricos de una forma alternativa tienen que ser dos.

⁷ Posteriormente a esta intervención, el nuevo gobierno del PP ha llevado a cabo una reforma laboral “extremadamente agresiva” (en palabras del propio ministro de economía, Luis de Guindos, anunciándola en una conversación privada captada por los micrófonos) de la cual uno de los elementos que me parece más preocupante es la facilidad con la que las empresas podrán desmarcarse de las condiciones fijadas por los convenios colectivos.

En primer lugar, el cuestionamiento radical de las profundas desigualdades sociales. Desigualdades que, además, según un reciente informe de la OCDE, son hoy significativamente mayores que a mediados de los años 1980s en la mayoría de países estudiados.⁸

En segundo lugar, tenemos que ser responsables y no olvidar en absoluto la profunda crisis ecológica global (por agotamiento de recursos y por degradación ambiental) de la cual los habitantes del mundo rico somos los principales responsables.

No se trata tanto de austeridad sí o austeridad no sino que hay que insistir ante todo en la redistribución entre grupos sociales -austeridad, sí, pero por los que están en la franja alta de ingresos-. Y tampoco se trata tanto de crecimiento sí o crecimiento no sino de insistir en la redistribución entre actividades económicas; el consumismo ha llegado demasiado lejos en los países ricos y no es generalizable (es, podríamos decir, un bien posicional): por ejemplo, tendríamos que ser mucho más austeros en el uso del coche y del avión... pero en cambio hay que incrementar el gasto en sanidad, en atención a las personas y en educación pública. Por lo tanto, se tendría que impulsar la demanda de forma muy selectiva según criterios ambientales y sociales: para crecer en algunas cosas pero decrecer en otras.

Las principales orientaciones para mantener una ocupación elevada y transitar hacia una sociedad más justa y sostenible son casi la antítesis de las que hoy se están aplicando, es decir:

Mejorar el acceso y aumentar la calidad de las prestaciones públicas. Reforzar y no recortar el estado del bienestar que, además, es una importante fuente de ocupación. En los momentos de crisis es cuando más importante es fijar las prioridades.

Esto no quiere decir que cualquier gasto público sea bueno. Hay que exigir también austeridad y eficiencia en el uso de los recursos públicos escasos sobre todo cuando la experiencia reciente contiene tantos casos de despilfarro (¡y de corrupción!).

Unas buenas prestaciones públicas y universales son muy caras y hay que financiarlas; el endeudamiento público puede ser a veces el mal menor pero en general no es la mejor solución porque supone una carga futura para los presupuestos públicos. Lo que hace falta sobre todo es: "Más y mejores impuestos".

La presión fiscal total en España al 2010 era del 36,3% del PIB mientras a la media de la zona euro era del 44,6%: casi 8 puntos de diferencia! Y más de 19 puntos por debajo del país de la UE con mayor presión fiscal (Dinamarca: 55,5%).

Para mí, el punto clave aquí es un impuesto sobre la renta más progresivo y con una progresividad no sólo formal sino efectiva por lo que habría que combatir el escandaloso fraude fiscal mucho más decididamente y haría falta que las rentas del capital pagaran también de forma progresiva y no, como pasa ahora, con tipos fijos

⁸ OECD, *An Overview of Growing Income Inequalities in OECD Countries*, OECD, 2011.

independientes del nivel de renta; y aún hay margen para aumentar los tipos marginales de la renta para las rentas altas.⁹

Para concluir este apartado fiscal también quiero señalar que la fiscalidad es una herramienta importante para penalizar el uso de recursos escasos y la contaminación. Aunque el objetivo principal de la fiscalidad ecológica o ambiental no es recaudar dinero sino cambiar comportamientos internalizando costes, los ingresos que se recauden ¡bienvenidos sean!

Para acabar quiero destacar que para reducir el abanico de ingresos netos el principal instrumento es la fiscalidad progresiva, pero también hay otros. Uno es aumentar el salario mínimo (en España por debajo de los 650 euros mensuales y todavía se está hablando de contratos para jóvenes por debajo del SMI!) y proteger los salarios bajos con la negociación colectiva sectorial (al contrario de la orientación de las políticas actuales).

Resumiendo: las políticas dominantes no han frenado la especulación, son injustas socialmente y contraproducentes económicamente. Hay alternativas que pasan por reforzar el Estado del Bienestar –en vez de reducirlo– y por hacer pagar la crisis principalmente a los que más tienen.

⁹ Posteriormente a esta intervención, sorpresivamente, el nuevo gobierno del PP introdujo cambios en el IRPF aumentando de forma progresiva los tipos marginales. Un paso en la buena dirección aunque la medida fue acompañada de una vuelta a las regresivas desgravaciones de la vivienda para todo tipo de rentas. Se aumentaron también los tipos sobre las rentas del capital pero no se integraron en la base imponible general. Me parece equivocada la crítica al aumento impositivo por una parte de la izquierda: ¡lo denunciabile es la negativa anterior de los gobiernos del PSOE a aumentar o restaurar impuestos directos progresivos- aunque las reacciones negativas basadas en el enorme fraude fiscal, las desgravaciones regresivas y los privilegios de las rentas del capital sean comprensibles... ¡Y meses después ha venido la decisión no sólo de aplicar una amnistía fiscal a los defraudadores que afloren el dinero oculto al fisco en los próximos meses sino además de hacerlo con un coste fiscal pequeñísimo (de solo el 10%) lo que aumenta la sensación de injusticia de los que sí pagan sus impuestos! La medida puede dar ingresos adicionales este año (aunque poco dado lo pequeño del coste fiscal y dado que en este período nadie decidirá hacer declaraciones complementarias (el sistema habitual de regularización fiscal, mucho más costoso) a costa de muy probablemente reducir la recaudación futura ya que lo previsible es que con este precedente el coste esperado de defraudar se percibirá como inferior.